

## CONTINUACION...

En medio de aquella tribulación general, se alzó noble y valiente la figura de don Luís Argüello, Alcalde entonces de la que con justo título se llamó «Sultana del Gran Lago». Su ánimo no decayó un momento. Por todas partes se le veía levantando los ánimos abatidos y preparando a la ciudad para una defensa eficaz. Son muy dignas sus voces de aliento dirigidas al señor Presidente cuando nos hallábamos en Masaya. Uno de sus telegramas concluía más o menos con estas palabras:

Aún no hemos sido vencidos. Queda Granada intacta, que sabrá defenderse y vencer como lo ha hecho siempre.

La Mayoría General se instaló en una de las piezas del primer piso de la casa del General don Eduardo Montiel. Fue llamado como colaborador don J. Trinidad Cajina y él y yo emprendimos el trabajo que se nos confió dedicándole todo nuestro tiempo, por lo cual no pude enterarme de la marcha del Gobierno. Voy a referir únicamente aquellos sucesos que por su magnitud fueron conocidos de todos los granadinos.

Lo primero que saltaba a la vista era el propósito de nuestros jefes de no continuar la guerra. No se formulaba ningún plan de campaña, pero ni siquiera se tomaban medidas para defender a Granada de un ataque que se esperaba de un momento a otro. La turba de soldados iba llegando acuartelándose sin orden ni concierto. Nadie los disciplinaba en el manejo de las armas. Muchos abandonaron sus rifles y no pocos se escondieron y se presentaron después, cuando se hubo arreglado la paz, para reclamar su pago.

Si se hubiera querido continuar la guerra, sobraba como hacerlo. Se disponía de toda clase de elementos de guerra en especial de una flamante artillería bien apertrechada, de dos mil quinientos hombres que podían disciplinarse con facilidad. Compárese esa situación con la de don Fruto Chamorro después de la derrota del Pozo. Don Fruto no contó para defender a Granada más que con su valor y su genio y con unos doscientos hombres que se alistaron apresuradamente y don Fruto habría salido triunfante de aquella lucha, si la muerte no lo hubiera arrebatado en el momento de coronar la victoria.

## A propósito de reelecciones presidenciales en Nicaragua

El 30 de Julio el señor Presidente convocó a varios ciudadanos a una de las habitaciones de la casa de don Agustín Pasos, donde nos reunimos en las primeras horas de la noche. Entre las personas que concurren conviene hacer especial mención de don Vicente Cuadra, ex presidente de la República, anciano venerable lleno de merecimientos y uno de los personajes más honorables de aquella época por su gran talento y su recto y claro juicio. El General Agustín Avilés, el jefe que dirigió la infausta jornada de La Cuesta, don José Dolores Rodríguez, Ministro de Gobernación del Gobierno de Zavala y el Dr. Agustín Pasos.

Cuando todos hubimos tomado nuestros asientos, el señor Presidente, después de tomar el suyo frente a un escritorio, teniendo a sus lados al Dr. Pasos y al Ministro Rodríguez, nos informó que de conformidad con los deseos de la sociedad de Granada había mandado una comisión a Managua con poderes amplios del Gobierno para discutir con los jefes de la Revolución las bases de un tratado de paz; que los comisionados Dr. Pasos y el Ministro Rodríguez arreglaron unas bases las cuales deseaba el Gobierno que conociéramos para que le diéramos nuestra opinión. Las bases eran las siguientes:

Paz y amistad perpetuas; olvido recíproco de las disensiones; amplias e incondicionales garantías; la convocatoria de una Asamblea Constituyente el 15 de Septiembre para reformar la Constitución y otros objetos que se indicaban: la designación del número de diputados que debía elegir cada departamento; el Compromiso de que la elección se hiciera por medio del sufragio directo: el licenciamiento de las tropas de ambos beligerantes, hecho en sus cuarteles; el reconocimiento de los grados militares y el de las deudas en la forma que habían sido contraídas; y por último, la reorganización de los Tribunales de Justicia ocho días después de firmado el Tratado.

Concluida la lectura, el Dr. Pasos nos informó de la manera fina y hasta afectuosa con



Fruto Chamorro



Vicente Cuadra

que fueron recibidos y aún festejados por los Sres. Zelaya, Baca y Gámez; y de lo agresivo que estuvo Ortiz durante las discusiones, quien una vez se levantó haciendo chasquear su espadita, diciendo: «Dejemos de discusiones y resolvamos nuestros asuntos en el campo de batalla», lo cual fue visto con notable desagrado por sus otros colegas. Así mismo nos informó de otros actos de hostilidad del Gral. Ortiz.

Después que hubo acabado de informarnos el Dr. Pasos de otros detalles interesantes, casi todos los concurrentes pedimos al Sr. Rodríguez nos manifestara su manera de pensar, él que conocía bien nuestra situación y había tratado muy de cerca a los jefes de la revolución. El Sr. Rodríguez habló en los siguientes términos:

Ya conocen Uds. señores, esas bases. Son muy bonitas, pero yo pregunto: ¿serán cumplidas mañana? ¿Cuándo los nuevos Jefes del Gobierno no tengan otro poder que los obligue que su propia conciencia? La conciencia del vencedor frente al vencido... Todos sabemos lo que eso significa, convézanse Uds. y no se paguen de palabras: esto no es un tratado de paz, es lisa y llanamente la capitulación de Granada. Si se aprueban esas bases, desde hoy la Reina del Gran Lago va a sufrir un largo y doloroso martirio, y cada día irá perdiendo importancia al redoble de fuertes golpes, hasta acabar como no ha acabado nunca un granadino: tristemente.

Luego el señor Presidente suplicó a don Vicente Cuadra

que emitiera su opinión. El señor Cuadra habló más o menos en los siguientes términos:

Los liberales de hoy, especialmente los de Managua, se han venido quejando de que los juzgamos por lo que hicieron sus antepasados; es decir, que los condenamos sin haberlos visto gobernar. Desean el poder, no poder para cometer actos deshonrosos, sino para realizar un ideal propio, en sistema de gobierno más perfecto que el de los conservadores. Si esto ha de ser así, no les pongamos estropezos, que vengan los Managuas a gobernarnos. Eso es tanto más necesario cuanto que en las actuales circunstancias, después de la triste defensa de La Cuesta, no veo quien pueda dirigir la guerra con acierto.

Ahí nunca hubiera dicho la triste defensa de La Cuesta, ha visto Ud. amigo Bárcenas como se levanta furiosa una culebra de cascabel cuando se le pisa el rabo. Pues así fue la furia con que se levantó el Gral. Avilés, gritando, llorando, pateando, diciendo palabras inconexas y agitando las manos cerca el rostro de Don Vicente.

El Dr. Pasos se levantó precipitadamente de su asiento y tomándolo del brazo, le dijo:

«Vámonos a su casa don Vicente. No está Ud. para recibir insultos.»

Con don Vicente se levantaron y salieron don Manuel Cuadra y otros miembros de la familia.

Calmados los espíritus después de este incidente desagradable, el señor Presidente dijo lo siguiente dirigiéndose a la concurrencia:

Señores, van a votar ustedes por la paz o por la guerra, pónganse de pie; los que opina; por la guerra, quédense en sus asientos. Solo se pusieron de pie unos tres o cuatro.

El señor Presidente manifestó cierta sorpresa. Según parecía, él creía que la paz se iba a votar por unanimidad. Alguien dijo: Señor Presidente: muchos por no ponerse de pie, aparecen votando por la guerra cambie usted esa fórmula y lo verá.

El señor Presidente dijo entonces:

Vamos a repetir la votación. Los que opinen por la paz quédense sentados y pónganse de pie los que opinen por la guerra.

Casi todos como movidos por un mismo resorte nos pusimos de pie.

Está bien nos dijo el señor Presidente, veo con verdadero gusto la reacción que se ha operado en los granadinos. Ayer todavía, temiendo que los liberales nos vinieran a atacar se me pedía que me apresurara a arreglar la paz. Yo los felicito; pero después de todo lo pasado, no soy yo quien deba continuar en este puesto. Una Junta como ésta me elevó al poder, ante otra igual, lo resigno. Pido a usted que precedamos a escoger la persona que deba sustituirme.

Todos le dijimos: «Queremos que continúe hasta el fin».

Está bien - repuso él. Pero un asunto de tanta trascendencia, son los jefes militares los únicos que pueden resolverlo acertadamente. Voy a tener un consejo de generales. Lo que se resuelva y no dudo que será lo que convenga, lo sabrán ustedes mañana.

Lo que se resolvió bien lo sabe Ud. y bien lo sabe todo el país.

**La historia, amigo Bárcenas, es la maestra de la vida. Cada caída de una generación marca un escollo que deben evitar las generaciones siguientes, y señala nuevos derroteros para el progreso. Que Granada, reconociendo sus errores pasados, procure recobrar la importancia perdida por la educación de sus hijos,** inspirándonos el amor al trabajo, a las artes, a la industria y al comercio. Así logrará quebrantar la ley tremenda, del Hado y ser la más grande, la más próspera y la más feliz de nuestra Patria.

CONTINUARA...